

NEW LEFT REVIEW 144

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2024

EDITORIAL

ALEXANDER ZEVIN Gaza y Nueva York 7

ENTREVISTA

SERGE HALIMI La situación de Francia 25

ARTÍCULO

OLIVER EAGLETON El moldeado del mundo de
Therborn 49

HITO STEYERL ¿Formación del sentido común? 77

SAUL NELSON El *kitsch* en la alta cultura 91

LOÏC WACQUANT Sobre el afropesimismo 105

LEO ROBSON Jameson después de la poscrítica 119

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Tarea inconclusa 143

PATRICIA McMANUS Maneras de leer 152

CIHAN TUĞAL Viejas nuevas izquierdas 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts
traficantes de sueños



Entrevista

SERGE HALIMI

LA SITUACIÓN DE FRANCIA

A diferencia de la mayoría de la opinión doméstica e internacional sobre la situación de Francia, tus editoriales en Le Monde diplomatique han sostenido que las elecciones legislativas de 2022 demostraron la fortaleza del «bloque burgués» y la debilidad de la izquierda, a pesar de que Macron perdiera su mayoría parlamentaria pasando de 350 a 245 escaños (de un total de 577), mientras que la Nouvelle Union Populaire Écologique et Sociale (NUPES), encabezada por La France Insoumise (LFI) de Mélenchon, dio un gran salto, obteniendo esta 75 escaños de los 142 obtenidos por aquella. Muchos consideraron que la posición de Macron se había debilitado decisivamente desde 2017, después de una legislatura marcada por la brutalidad policial contra los gilets jaunes y un confinamiento sumamente represivo durante la pandemia. A pesar de la diferencia de escaños, tanto la NUPES como la coalición parlamentaria de Macron, Ensemble, obtuvieron el 26 por 100 del voto popular. ¿Podrías explicar por qué consideraste este resultado como una muestra de la fuerza del establishment político y de la derecha? ¿Ha sucedido algo desde entonces que te haya hecho cambiar de opinión?

DIECIOCHO MESES DESPUÉS de la reelección de Macron sin una mayoría parlamentaria, sigue habiendo tres fuerzas que definen la política francesa: el centroderecha de Macron, la extrema derecha y la representada por la NUPES. Pero mientras que la primera se mantiene y la segunda se fortalece, la tercera se está fragmentando. Anteriormente solía haber una derecha tradicional formada por los partidos que respaldaban a Giscard d'Estaing en la década de 1970, a Chirac hasta 2007 y finalmente a Sarkozy. La mayor parte de esa derecha ya ha sido devorada por Macron y lo que queda de ella –entre el 5 y el 10 por 100 del voto– se ve cada vez más tentada a reincorporarse bien al proyecto de Macron y por ende al bloque burgués o a Rassemblement National (RN) de Marine Le Pen. Por otro lado,

la izquierda no resulta ser un polo de atracción para nadie, sobre todo porque cada vez está más dividida entre sus cuatro partes constituyentes: LFI, ecologistas, comunistas y socialistas. La primera es al mismo tiempo la corriente mayoritaria –Mélenchon obtuvo el 22 por 100 de los votos en 2022, mientras que ecologistas, comunistas y socialistas recibieron menos, algunas veces mucho menos, del 5 por 100 cada uno– y también la más detestada por las otras tres, lo cual hace que las perspectivas de la izquierda sean bastante lúgubres. Sus cuatro partidos van a competir entre sí el próximo junio en unas elecciones al Parlamento Europeo, que la extrema derecha es muy probable que gane cómodamente. La guerra en Gaza ha servido para fortalecer a RN y ha debilitado a la NUPES. RN consiguió ser bienvenida en una manifestación contra el antisemitismo, mientras que LFI quedó estigmatizada como antisemita, incluso por algunos de sus socios izquierdistas de coalición, debido a su postura de apoyo a Palestina.

En otras palabras, el «cordón sanitario», el «arco republicano» que sirvió para unir a los partidos más tradicionales contra la extrema derecha y que explica por qué Jacques Chirac pudo obtener el 82 por 100 del voto frente a Jean-Marie Le Pen en 2002, está empezando a actuar ahora en contra del partido más fuerte de la izquierda. Al mismo tiempo, cuando se trata de la inmigración, la inseguridad ciudadana y el islam –cuestiones cada vez más fusionadas en el discurso político dominante y que ganan importancia después de cada nuevo ataque terrorista perpetrado en el país– las diferencias entre Macron, la derecha y la extrema derecha se están desvaneciendo a medida que la línea dura de RN se vuelve hegemónica. Un periódico conservador resumía esto diciendo que ahora es más fácil odiar a LFI y más difícil luchar contra RN.

Tus célebres análisis de los medios de comunicación franceses y de la esfera político-cultural contenidos en Les nouveaux chiens de garde (1997) y L'opinion, ça se travaille (2000), han detallado la existencia de un atlantismo ideológico férreo entre los creadores de opinión, mucho más compacto que el constatado en el mundo político, donde Macron, por ejemplo, muestra ocasionalmente atisbos de una posición más pragmática, aceptando la posibilidad de negociaciones sobre Ucrania, por ejemplo, o la conveniencia de una «autonomía militar estratégica» europea.

Los guardianes ideológicos de los medios de comunicación siempre critican a Macron, cuando dice algo sensato, por ejemplo, que Rusia no

será un enemigo eterno, aunque luego el presidente se contradiga dos días más tarde. Incluso sus mayores admiradores dicen: «¡Vaya equivocación decir que no deberíamos humillar a Rusia! Afortunadamente ha dado marcha atrás y ha corregido su error, vuelve a ser grande». Macron no comparte la idea de que una derrota de Rusia serviría para apaciguar a China, una idea que diversas figuras de los medios franceses han tomado del gobierno de Biden. El peor creador de opinión es France Inter, nuestro equivalente a la BBC. Tiene una audiencia muy amplia, porque es una radio pública sin anuncios, a diferencia de la radio comercial, que es imposible de escuchar porque está abarrotada de ellos. France Inter mantiene una línea dura, similar a la de *The Economist*. Pero en general, los creadores de opinión en los medios públicos no son entusiastas de Macron. A algunos les gusta, pero la mayoría votaría a los socialistas o a los verdes, cuyos candidatos apenas han llegado al 5 por 100 en las recientes elecciones: Anne Hidalgo, la última candidata presidencial socialista obtuvo menos del 2 por 100 de los votos.

Por otro lado, los medios de comunicación, públicos y privados, aborrecen a Mélenchon hasta extremos que no podéis imaginar, a no ser que penséis en Corbyn. Se le ataca por todo, constantemente, y ahora algunos llegan a presentar a Marine Le Pen como una opción preferible, más sosegada, lo cual es algo nuevo. Cuando su padre dirigía el Front National en la década de 1990 y principios de la siguiente, la extrema derecha resultaba tan repulsiva para todos, incluyendo a la derecha, que se consideraba que había que votar a cualquier candidato antes que al Frente Nacional, incluso a un socialista, quizá incluso a alguien de la izquierda radical. Esto ha cambiado. Mélenchon ha quedado marcado como sospechoso de radicalismo, antisemitismo e izquierdismo islamista, debido a su condena del asalto israelí contra Gaza y a su preocupación por los palestinos. Mientras Le Pen es retratada en los medios como alguien dócil, casi domesticada por ellos, no muy alejada de la corriente reaccionaria predominante, a Mélenchon le han convertido en un fanático, en un Robespierre, en un títere de dictadores. La derecha está en su contra, pero los medios supuestamente inclinados a la izquierda –*Mediapart*, *Le Monde* (aunque *Liberation* no puede hacerlo en el mismo grado, porque debe tomar nota que muchos de sus lectores votan a La France Insoumise)– también le odian fervientemente. Las emisoras públicas también detestan radicalmente a Mélenchon; la cosa es realmente increíble, porque algunas veces son mucho peores que la prensa de derecha. Yo he estado defendiendo durante gran parte

de mi vida política a los medios de comunicación públicos y ahora han llegado a un punto en que me pregunto, ¿quiero pagar por esto?

La especialidad de *Mediapart* ha sido vigilar e intimidar a la izquierda. Siempre que alguna voz de la izquierda se desvía de la ortodoxia atlantista, la fustigan para intentar que vuelva al redil. Edwy Plenel, antiguo periodista de *Le Monde*, extrotskista y fundador de *Mediapart*, se ha mostrado especialmente virulento en relación con Ucrania. Recientemente ha reciclado su análisis pro OTAN de la guerra de Yugoslavia y sus ampulosas acusaciones contra Régis Debray, tratando de asociar a Mélenchon con Milošević, mientras Zelensky sería el nuevo Trotsky y Putin, Stalin. Su libro (*L'épreuve et la contre-épreuve: De la Yougoslavie à l'Ukraine*, 2022) deja claro que no sabe prácticamente nada sobre Ucrania. Pero atacar a Mélenchon se ha convertido en deporte nacional y *Mediapart* lo practica con entusiasmo.

La histeria parece haber alcanzado su punto culminante con los comentarios, bastante anodinos por otra parte, de Mélenchon sobre Gaza, diciendo que la violencia engendra violencia y que todas las vidas importan.

Sin duda. Por lo general Mélenchon ha decidido mantenerse al margen de los medios de comunicación predominantes. Pero se muestra muy activo en Facebook, Twitter y en su propio canal de YouTube, donde tiene una gran audiencia. Habida cuenta de que sus *tweets* son a menudo rotundos y provocativos, y que se enfurece fácilmente, los periodistas y activistas que se le oponen solamente necesitan coger alguno de sus comentarios y distorsionar o exagerar su significado (criticar a Israel se equipara con el antisemitismo) para así empezar una nueva campaña contra LFI. Lo que ha sucedido con Gaza ha sido simplemente un ejemplo extremo de lo que es la rutina habitual: los partidos de derecha fingen indignación y los medios predominantes buscan críticos de Mélenchon dentro de LFI para que comenten sobre su último *tuit* y se distancien de él. Una cosa está clara: aunque Mélenchon proclama con razón que es víctima de una campaña sistemática para acabar políticamente con él, conoce las reglas del juego y acepta jugarlo. Políticos como Édouard Philippe, el antiguo primer ministro de Macron, que de acuerdo con las encuestas es actualmente el político más popular, puede vivir sin estar tuiteando todo el rato, especialmente sobre cuestiones tan explosivas como Israel, la guerra en Gaza, el antisemitismo, etcétera.

Resulta llamativo que en Estados Unidos haya mucho más debate sobre Ucrania e Israel-Palestina del que hay en Europa.

Sí, especialmente sobre Ucrania. Cuando lees las páginas de opinión de *Le Monde*, encuentras un artículo proucraniano aquí y otro allá, que elaboran dos razones diferente por las que hay que apoyar a Ucrania, enviar más armas y hacerlo más deprisa. La gente que se muestra crítica con la línea de la OTAN está proscrita en los medios o sabe que no puede hablar sobre el tema de Ucrania. El antiguo ministro de Asuntos Exteriores Hubert Védrine dijo en un programa de radio algo así como: «Cuando se trata de Ucrania, también debemos hablar de la responsabilidad occidental», para desdecirse inmediatamente: «No, no vamos a hacerlo aquí, no ahora en cualquier caso y no antes de que Estados Unidos se pronuncie sobre ello»; La France Insoumise y el Partido Comunista han guardado silencio sobre este tema¹. Cuando tienen una entrevista de veinte minutos, su única esperanza es que nadie pregunte nada sobre Ucrania o que el tema solo salga en el minuto diecinueve de manera que puedan lanzar alguna perogrullada sobre la paz sin que nadie replique, «sí, pero, ¿que pasa con el envío de armas?». Desde su punto de vista es comprensible, porque estarían políticamente acabados y socialistas y los Verdes inmediatamente lo utilizarían para fortalecer su posición dentro de la NUPES, diciendo que su candidato no debería pertenecer a LFI debido a las posiciones del partido sobre Ucrania. El propio Mélenchon, que está muy comprometido con las cuestiones internacionales, prácticamente ha permanecido en silencio sobre la guerra ucraniana.

¿Cuál es su propia posición?

Mélenchon ha denunciado la invasión rusa, se muestra favorable a las negociaciones y pide una nueva conferencia europea sobre seguridad. Y cuando se le pregunta sobre el envío de armas, dice que tenemos que consultar con los expertos el tipo de armas que debemos proporcionar, saber cuáles marcarían la diferencia. Su objetivo es no hablar sobre ello, evitar ser acorralado; sabe que si dice algo que se desvíe de la línea del partido sobre Ucrania, estará acabado. Con François Ruffin sucede lo mismo. En un momento dado escribió una entrada en Facebook, que no era extremadamente atrevida, pero en la que se apartaba de la línea del partido manifestando que probablemente Crimea querría

¹ Serge Halimi, «Ukraine: the Dangerous War the Left Won't Talk About», *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2022.

seguir siendo rusa. Afortunadamente para él, nadie le prestó atención así que se evitó las críticas. Quizá ello se deba a que en este momento los medios le respaldan, le ven como alguien que podría oponerse a Mélenchon, y no hay que olvidar que estos están siempre obsesionados con las rivalidades internas de los partidos: Chirac contra a Sarkozy, Mitterrand contra Rocard, el joven advenedizo contra al viejo león que no quiere ceder su puesto.

Lo que parece asustar a los medios de comunicación predominantes es la idea misma de que la gente pueda razonar de forma diferente. *Le Monde diplomatique* ha estado prácticamente solo a la hora de publicar análisis críticos sobre esta nueva guerra fría. Hemos denunciado la invasión de Ucrania, pero para ellos nuestra denuncia no llega lo suficientemente lejos y a su vez hemos sido duramente criticados; no hay necesidad por supuesto de mencionar a *Mediapart*, pero incluso *Politis* estuvo en contra nuestra. Parece que ahora la OTAN se ha vuelto intocable y la Unión Europea es sagrada. Y si se trata de Zelensky el asunto se torna extravagante, quiero decir que si abres una fábrica de bolsos necesitarás un discurso suyo, de lo contrario no serán lo suficientemente buenos.

Sin embargo, la ciudadanía francesa no es particularmente partidaria de una línea dura y desde luego no quiere tener tropas francesas implicadas en el conflicto. Las banderas ucranianas ondean solamente en los barrios elegantes de París. Esto tiene una llamativa dimensión social. La mayor preocupación de la ciudadanía ha sido que la guerra elevara el precio de los combustibles y el coste de la vida, como así ha sucedido. La gente que respalda las sanciones contra Rusia no necesita preocuparse por esos costes, la mayor parte vive en París y no necesitan el coche, porque pueden ir en bicicleta al trabajo. Si se produce una escalada de la guerra, no van a ser los que luchan en ella. Por el contrario, si vives en un área rural puedes pensar, «nuestras simpatías están con Ucrania, pero, ¿queremos pagar tanto por nuestra comida y nuestro combustible?». Sin embargo, el debate sobre el coste y la eficacia de las sanciones está totalmente cerrado, por no hablar de la diferencia entre las sanciones a Rusia por su agresión y la falta de sanciones cuando se trata de Israel, a quien el presidente de la Asamblea Nacional ha prometido defender «incondicionalmente».

Parece que el atlantismo de la prensa francesa se ha intensificado durante la pasada década. ¿Qué factores te parecen responsables de ello?

En cierto sentido es un proceso que se alimenta a sí mismo, ya que uno de esos factores es que no haya ningún debate sobre el asunto. No hay un partido político que diga: estas sanciones no tienen sentido, nunca se aplican a un Estado amigo de Estados Unidos, nos cuestan demasiado y en cualquier caso no funcionan en el caso de Rusia. Si eres un político y dices eso estás acabado. Desde luego Macron defiende las sanciones y vota a su favor en el Consejo Europeo. Cuando se trata de la política internacional, los socialistas y los Verdes son a menudo los peores. Carecen por completo de cualquier análisis estratégico y su única declaración es que luchar con la OTAN en Ucrania es luchar por la democracia. Un sector de la izquierda se ha unido al partido de la guerra en nombre de los derechos de las mujeres, del colectivo LGTB, en nombre de la defensa del periodismo, etcétera; si estás a favor de la intervención militar eres un verdadero guerrero del progreso. Y eso funciona, especialmente con los intelectuales, a quienes les gusta la idea de que son los defensores de los valores progresistas. La naturaleza reaccionaria de las acciones y manifestaciones de Putin sobre el aborto y los derechos LGTB fortalecen su posición.

La hegemonía de esa clase de internacionalismo liberal, que ha estado creciendo desde la década de 1990, ha tenido sus reveses, por ejemplo, en Libia. Pero la invasión de Putin ha sido un regalo para esa perspectiva.

Sí, y la reacción ha sido mucho mayor de lo que él esperaba. De hecho fue mucho mayor de lo que yo esperaba. Desde luego, si Putin hubiera hecho lo que anticipaba Estados Unidos y hubiera invadido solamente el este, el Donbas y la franja costera, las áreas de habla rusa, puede que la reacción no hubiera sido la misma. No obstante, no veo a Rusia ganando la guerra a no ser que «ganar» sea mantener Crimea, algunas zonas del Donbas y «perder» el resto. Ucrania se va a convertir en un bastión de la OTAN al margen de que formalmente sea o no miembro de ella. Y ahora la OTAN tiene dos nuevos Estados miembros que comparten fronteras con Rusia; resulta difícil decir que los rusos estén ganando. También es la primera vez que la Comisión Europea se implica hasta este extremo. Mantiene reuniones día sí y día también sobre cómo ayudar a Ucrania, está gastando enormes cantidades de dinero y enviando armas. Por encima de todo, lo que por ahora queda excluido es la posibilidad de una Europa que pueda forjar buenas relaciones con Rusia y ser una fuerza mediadora entre China y Estados Unidos. Eso se acabó.

Un hecho que ha diferenciado a Francia de sus vecinos durante las últimas décadas ha sido su ciclo de protestas populares, en gran parte defendiendo el acuerdo social que se consolidó después de la revuelta de masas y la huelga general de 1968: jubilación, pensiones, condiciones generales de trabajo, etcétera. Este año pasado se produjo una gigantesca lucha contra el intento de Macron de elevar la edad de jubilación desde los 62 a los 64 años, decisión que finalmente, al carecer de una mayoría parlamentaria, tuvo que imponer por medio de un decreto presidencial aplicando el Artículo 49.3 de la Constitución de 1958 sin ser sometida a votación en la Asamblea Nacional. Sin embargo, en España, por ejemplo, el gobierno PSOE-Podemos ha estado elevando año tras año la edad de jubilación hasta los 67 años y, aunque la medida sea impopular, no ha habido protestas. Lo mismo ha sucedido en Alemania, Italia, Grecia y Gran Bretaña, donde la edad de jubilación está establecida en los 67 años y donde los aumentos se han producido sin que haya habido grandes protestas masivas. ¿Qué explica la diferencia respecto a Francia?

La magnitud y la persistencia de las protestas de 2023 contra la elevación de la edad de jubilación tuvieron mucho que ver con el aborrecimiento hacia el propio Macron, con la idea de que es un banquero al que no le importan las clases trabajadoras, que no tiene en cuenta lo que dice la gente y que fue reelegido solamente, porque su contrincante era Le Pen. Hubo momentos en los que parecía que el movimiento estaba decayendo, pero entonces Macron se mostraba arrogante y la movilización se relanzaba de nuevo con iracundas multitudes manifestándose en las calles, que dejaban claro que la historia tenía una dimensión personal, lo cual también se constata considerando la propia perspectiva de Macron, quien ya no apela a los votantes, porque este es su último mandato y electoralmente no puede ser castigado o pagar las consecuencias. En vez de ello tiene la vista puesta en su próximo papel como presidente de algún importante banco internacional u organismo similar donde podrá presumir de haber sacado adelante una dura reforma thatcheriana, de haber hecho algo grande haciendo frente a un movimiento de masas.

Otra cuestión es que la propia base electoral de Macron está formada principalmente por gente de más de 60 años, personas que ya se han jubilado y a las que las reformas no les importaban demasiado, de hecho era probable que les beneficiaran protegiendo sus propias pensiones. La gente que se opuso a Macron en las calles eran las bases de Mélenchon –los jóvenes– y los partidarios de Le Pen procedentes de las clases medias bajas y trabajadoras. Macron también se pudo dar cuenta de que, aunque

el movimiento era muy amplio –millones de personas manifestándose semana tras semana desde enero a marzo, cuyas movilizaciones de protesta continuaron después de que el primer ministro recurriera al Artículo 49.3 mencionado–, las huelgas se produjeron a una escala más pequeña. Sí las hubo; las basuras se amontonaron. Pero incluso durante los días en que hubo más acciones en todo el país, en París podías tomar el metro, dado que el servicio siguió funcionando aunque puede que tuvieras que esperar cinco minutos en vez de dos o tres. No fue como mayo de 1968, cuando el país quedó paralizado y no podías comprar pan ni hacer nada, porque todos los servicios públicos se paralizaron. O como en 1936, cuando los empresarios acudieron a Léon Blum pidiéndole que hiciera algo por el sector privado, porque la economía estaba paralizada y los empresarios estaban aterrorizados, mientras gritaban: «Abrid las fábricas; podemos pagarlos, aceptamos la semana de 40 horas, las vacaciones pagadas, lo que queráis, pero volvamos al trabajo».

Ahora, con Internet, mucha gente no necesita trasladarse al trabajo y los servicios nunca cierran. En enero de 2023 la gente estaba enfadada, pero su enfado no amenazaba el funcionamiento general de las cosas. La gente se manifestó, pero las rutinas diarias no cambiaron. Los colegios abrieron la mayor parte del tiempo, igual que las universidades. Los grandes empresarios no acudieron al Elíseo para decirle a Macron: «Los trabajadores han echado el cierre a la empresa, estamos perdiendo dinero, necesitamos que vuelvan al trabajo». Había cierto sentido de la solidaridad y la gente daba dinero para las cajas de resistencia de la huelga, pero la escala de las cosas no era lo suficientemente enorme como para parar la reforma. Incluso en los sectores tradicionalmente más combativos, la gente no quería ser la única que hiciera huelga por todos, ya habían pagado el precio antes y no querían ser los héroes otra vez.

Todas las confederaciones sindicales se opusieron a la subida de la edad de jubilación, lo cual era un punto a favor de las movilizaciones. Pero su unidad se basaba en la posición del bloque sindical más conservador, la CFDT. Tú sugieres que esas posiciones, de hecho, coincidían con el estado de ánimo de los trabajadores, no hubo un impulso hacia una huelga general o una paralización más significativa. ¿Podría haber sido diferente?

Sucedieron dos cosas. Por un lado, la CFDT siempre ha estado dispuesta a ceder a cambio de muy poco. Solamente buscaba una demostración de fuerza y luego retirarse, pero en este caso no podía hacerlo, porque las

bases seguían enfadadas, la reforma era muy impopular, las manifestaciones enormes y la gente quería que el movimiento continuara. Así que la CFDT no pudo replegarse. Por otro, los radicales que querían ir más allá no podían hacerlo, porque la gente no estaba preparada para ir a una huelga general. Los salarios son bajos y la gente no cuenta con muchos ahorros. No hubiera sido capaz de cubrir sus necesidades materiales, si hubiera ido a la huelga general. Cada vez que comenzaba el movimiento a favor de la huelga, se diluía con bastante rapidez. La gente fue a la huelga durante tres o cuatro días, perdió su salario y después abandonó, porque consideró la situación general y vio que nadie les seguía. La gente iba de compras, al trabajo, y el único apoyo que obtenían los huelguistas eran las masivas manifestaciones que se hacían cada semana. De manera que estas dos dinámicas provocaron la parálisis: el movimiento no podía ser detenido y al mismo tiempo no podía extenderse hacia formas más radicales que pudieran haber asustado a Macron.

¿Cómo cubrieron el proceso los medios de comunicación?

No lo hicieron de la manera habitual. Comprendieron que el movimiento era popular y decidieron no pretender que estas reformas de la edad de jubilación fueran vitales para evitar la bancarrota del sistema. No estaba nada claro que fueran necesarias y muchos expertos ortodoxos afirmaron que no había necesidad de elevar la edad de jubilación. Los medios no podían decir, «la economía va a colapsar, nos vamos a quedar sin fondos», porque los estudios no indicaban eso. Había un pequeño déficit, alrededor de 15 millardos anuales, importe que Francia está a punto de asignar a una partida extrapresupuestaria de gasto militar durante los próximos siete años. Así que Macron, que era una figura impopular, puso en marcha una reforma, cuya necesidad no era evidente y cuyas víctimas serían las clases trabajadoras que ya le aborrecían.

Los canales de televisión sabían que el 70 por 100 de su audiencia se oponía a esta reforma. Desde luego le dieron voz al gobierno, pero no silenciaron a la oposición, que se pudo expresar bastante abiertamente. Cada vez que había una gran manifestación, los medios tendieron a tomar partido por los manifestantes pacíficos, como manera de oponerlos a los violentos. No consideraron que el movimiento fuera una amenaza. De alguna manera lo ritualizaron. Conviene no olvidar que su popularidad era muy alta y siguió siéndolo. Su alcance y su popularidad fueron importantes y francamente nunca esperé que durara tanto

tiempo, pero esta ola de protestas no logró prácticamente nada. Y esto resulta muy difícil de entender, que un movimiento de esta magnitud en la práctica acabe en derrota. Porque si, cuando los partidos de izquierda están unidos, cosa que sucede pocas veces; cuando los sindicatos están unidos, cosa que no sucede prácticamente nunca; cuando tienes a una inmensa mayoría de la población respaldando al movimiento y a pesar de todo este fracasa, entonces, ¿qué puedes decirle a la gente sobre la eficacia de la acción política de masas?

¿No plantea esto la cuestión de la Constitución de la Quinta República, que permite al presidente sacar adelante algo así?

En principio sí, pero en Francia no hay demasiado interés por las cuestiones constitucionales. Mélenchon se apasiona por esta cuestión, en parte porque vio lo que pasaba en América Latina en aquellos casos en que los debates constitucionales *significaron* algo, como sucedió en Venezuela, Bolivia y Ecuador; pero también porque adoraba a Mitterrand (y sigue haciéndolo), que hizo carrera criticando a de Gaulle y el «golpe de Estado permanente» de la Quinta República, aunque llegado el momento, el presidente socialista habitualmente decidía que las instituciones le servían perfectamente bien. Pero no es un tema que realmente conecte con la población. Sin embargo, durante el movimiento de los *gilets jaunes*, sus demandas de que se produjeran cambios constitucionales para facilitar la convocatoria de referéndums, encontraron eco en la población. Pero ahora no se debate mucho sobre ellos, a pesar del hecho de que la ley sobre la reforma de la jubilación se pudo aprobar gracias a ese mismo artículo 49.3 de la Constitución, que es realmente autoritario.

Has destacado el papel de Macron para movilizar las protestas, pero, ¿no es cierto que esos mismos tipos de lucha se han estado desarrollando en Francia desde la masiva rebelión popular contra las reformas neoliberales de Juppé en 1995? Los detalles pueden cambiar –entonces se trataba de las pensiones en vez de la edad de jubilación– pero ambas son una defensa del acuerdo social posterior a 1968. Bruno Amable y Stefano Palombarini han sostenido que el punto muerto sobre este acuerdo ha estructurado la política francesa durante los últimos treinta años, situación en la cual el «bloque burgués» ha tratado de desmantelarlo y las clases trabajadoras, atrapadas a la defensiva, han intentado proteger su avance histórico. Se podría establecer un paralelismo con la posición del campesinado después de la Revolución Francesa; las clases dirigentes tuvieron que invertir aproximadamente doscientos años para reducir las ganancias

que habían obtenido los campesinos, o, finalmente, modernizar el sector con la Política Agraria Común y el periodo de expansión de posguerra. Además, una creciente población francesa descendiente de migrantes, a menudo con orígenes culturales musulmanes, ha estado frecuentemente en primera línea de las luchas políticas y sociales. ¿Cómo ves la evolución de estas luchas desde 1995?

El movimiento de 1995 también fue muy amplio. Pero cuando despegó nos pilló desprevenidos, porque la atmósfera política durante el mandato de Mitterrand, que abandonó el cargo en 1995 después de dos mandatos de siete años, había sido realmente horrible. Yo había vuelto a París a principios de la década de 1990, después de hacer el doctorado en Berkeley —empecé como periodista de *Le Monde diplomatique* en 1992— y entonces la situación parecía muy sombría debido a la completa derrota de la izquierda intelectual, la aniquilación electoral del PCF, el momento álgido del *mitterrandismo* y la complacencia atlantista. Entonces, de repente, apareció esta nueva clase de movimiento, que implicaba a mucha gente joven y utilizaba el tipo de análisis contra el Estado neoliberal, el capitalismo y el valor excedente, etcétera, que nosotros habíamos desarrollado hasta entonces con una escasísima difusión. Fue un periodo excitante. A partir de 1995 en Francia empezó un nuevo proceso de repolitización, que cuestionaba los fundamentos mismos de la globalización. En enero de 1996 *Le Monde diplomatique* lanzó un número especial sobre el movimiento de 1995, «La grande révolte», cuyo análisis lo consideró un éxito².

¿Sigues considerando ahora que el movimiento de 1995 fue un éxito?

Sí, puede que no hasta el punto que afirmamos entonces, pero se percibió ampliamente como un éxito para el movimiento obrero y el éxito cuenta, especialmente cuando no es frecuente. La idea de que la defensa del Estado del bienestar pudiera tener un apoyo mayoritario, y que podía triunfar, fue respaldada por los resultados; eso marca la diferencia. Hubo un gran movimiento social que demostró que podíamos ganar en esos temas. La gente estaba muy entusiasmada al respecto. En 2005 tuvimos otro éxito, esta vez electoral, con el «no» a la ratificación de la neoliberal Constitución Europea, la que el anterior presidente Giscard d'Estaing había contribuido a redactar, el entonces presidente Chirac había promocionado y los futuros presidentes Sarkozy y Hollande habían defendido

² Serge Halimi, «La grande révolte française contre l'Europe libérale», *Le Monde diplomatique*, enero de 1996.

juntos con el respaldo del 95 por 100 de los medios de comunicación públicos y privados. Esa fue una aplastante derrota para el *establishment*.

En 1998 Le Monde diplomatique intervino directamente en la creación de la red ATTAC, ¿desempeñó la red un papel importante en animar la cuestión de la Constitución Europea siete años después?

Sí. ATTAC se dirige más a profesores, estudiantes e intelectuales que a la clase trabajadora, pero tenía lazos estrechos con grupos sindicales, que se formaron en 2005 para leer detenidamente el proyecto de la Constitución Europea. Sin embargo, antes de ello, justo después de la invasión de Iraq, se organizó una huelga sobre la cuestión de la jubilación de los trabajadores del sector público, que fracasó. Esto fue con Chirac, cuya popularidad en aquel momento estaba por las nubes por haberse enfrentado a Bush. Hubo grandes manifestaciones, no tan enormes como las que hemos visto recientemente, pero los maestros, especialmente, estuvieron en huelga durante semanas y casi meses. Sin embargo, perdieron; no sacaron nada de esos meses de huelga y eso lo han recordado ahora. Desde entonces los trabajadores del sector público no han presionado por las huelgas de la misma manera; perder esa lucha anterior les supuso un gran coste.

En 2009 hubo importantes protestas en las universidades; en 2010, huelgas de los sindicatos contra la reducción de las pensiones impulsada por Sarkozy.

Cuando Sarkozy restringió el derecho de huelga, especialmente en los ferrocarriles y el sector público, se produjo un gran retroceso. Esas restricciones cumplieron su papel a la hora de limitar la ola de huelgas de 2023. Al mismo tiempo, la crisis financiera puso en cuestión todo el proyecto neoliberal que representaba Sarkozy como *le président des riches*. La clase política se vio obligada a admitir que el Estado tenía un papel que desempeñar y fue durante la crisis de la eurozona cuando despegó el proyecto de Mélenchon. Esta es una de las diferencias positivas más importantes con 1995: ahora en Francia hay una fracción mucho mayor de la izquierda radical. Entonces, a todos los efectos, el Partido Socialista dirigía la izquierda. Tuvimos a Jospin, después a Hollande, siendo Mélenchon entonces miembro del ps hasta que lo abandonó en 2008. El Partido Comunista había desaparecido prácticamente. Ahora, durante los últimos años de la mano de Mélenchon y de La France Insoumise, el discurso sobre la defensa del Estado del bienestar y la lucha contra la

austeridad se ha vuelto mucho más radical. Al final, los socialistas se apuntaron a la reforma del Estado del bienestar de un modo menos drástico que la derecha, pero todavía en una dirección neoliberal, mientras que lo que La France Insoumise y sus partidarios tienen en mente es un amplio movimiento radical («*la révolution citoyenne*») concebido para mejorar el Estado del bienestar en la línea *mutatis mutandis* del Frente Popular durante la década de 1930.

También, a medida que pasa el tiempo, las protestas de la población de origen migrante que vive en las *banlieues* se han vuelto más contundentes y habituales. En 2005 hubo grandes disturbios en las mismas y el pasado junio fueron todavía mayores, pero parecen moverse en una onda distinta que las batallas alrededor del Estado del bienestar, alimentándose más de cuestiones relacionadas con el racismo o la brutalidad policial. A la extrema derecha le encanta argumentar que el carácter separado de ambos movimientos demuestra que se están enfrentando dos países, incluso dos civilizaciones. Evidentemente se trata de una exageración disparatada: muchos trabajadores del sector público, asistentes sociales, conserjes, etcétera, que van a la huelga con sus camaradas, tienen origen migrante. Y la juventud que se enfrenta a la policía en las *banlieues* también lo hace porque siente que su futuro social es sombrío.

La creciente relevancia de «Europa» es otra diferencia importante que funciona en un sentido compensatorio. El proceso europeo lleva décadas en marcha, pero en los últimos quince años –desde la crisis financiera– se ha vuelto muy importante para la vida cotidiana francesa. Ahora tenemos la dimensión europea mucho más presente que antes. Muchos aspectos del Estado del bienestar se presentan ahora como insostenibles debido a las limitaciones financieras europeas y la elevada proporción deuda/PIB del país; se espera que nos ajustemos al modelo danés o alemán. Ha habido mucha presión «progresista» –Blair, Schröder, Zapatero– para seguir adelante con Europa so pena de verse acusados de bloquear el progreso o el avance humanitario. Resulta notable que, en el contexto de la guerra en Ucrania, Macron se refiera cada vez menos a «Francia» y cada vez más a «Europa». Parece que no hay semana en la que no haya una cumbre europea, a menudo con la presencia de Zelensky, o que no haya que tomar una decisión a escala europea. Volviendo a tu pregunta sobre el excepcionalismo francés: ahora es más fácil desafiar el legado radical de la Revolución francesa afirmando que no podemos hacer gran cosa «por culpa de Europa».

Estuve en Italia a principios de año. Estuvimos discutiendo mucho sobre política y después de un rato me llamó la atención que nadie mencionara el hecho de tener a una neofascista como primera ministra. Cuando lo señalé, mis anfitriones admitieron que en Italia no había cambiado prácticamente nada, que Meloni puede hacer pocas cosas «por culpa de Europa». Paradójicamente, en las próximas elecciones esto podría favorecer a Le Pen: mucha gente podría pensar que, después de todo, como ha sucedido con Meloni, no pasará nada demasiado radical, porque Europa les protegerá contra el extremismo derechista. En la década de 1980, cuando Mitterrand era presidente, un político neoliberal sostenía que en Francia, Europa significaba un «seguro» contra el socialismo. La vieja afirmación de Mélenchon de que, a diferencia de Syriza en Grecia, un bloque de izquierda en la Asamblea Nacional sería capaz de desafiar en nombre de la democracia las directivas de Bruselas –el «Plan B», tal y como fue bosquejado en el momento de la crisis de la eurozona– produce cierto escepticismo. Especialmente ahora que los socialistas y los Verdes son más federalista que nunca.

Pasando al nuevo sistema de partidos que ha surgido en Francia desde 2017 en medio de las ruinas del viejo Partido Socialista y los restos de la gaullista Union pour un Mouvement Populaire (UMP), ¿qué representa el nuevo partido gobernante, Renaissance (anteriormente La République en marche!), como fuerza política? ¿Seguirá existiendo después de Macron? ¿Cuál ha sido su trayectoria?

Renaissance es una concha vacía. No tiene un razonamiento estratégico propio, simplemente refleja la voluntad de Macron. Ha sido presentado como una forma novedosa de partido, pero ello es una equivocación, la idea se remonta a Giscard d'Estaing cuando era presidente. Entonces, Giscard también se asignó el papel de puente entre el centroderecha y el centroizquierda, un proyecto, denominado «*deux français sur trois*» en su libro *Démocratie française* (1976), que pretendía hacerse con el centro del espectro político, descartando sus extremos radicales. También él pasó directamente desde el Ministerio de Economía a la presidencia. También él, no lo olvidemos, era un «modernizador» que legalizó el aborto y rebajó la edad de voto a los dieciocho años. Así que la idea no es fundamentalmente nueva. Macron, por su parte, ha realizado un ejercicio de equilibrismo: en 2017 fue elegido mayormente gracias a los votantes exsocialistas y en 2022 retuvo una gran parte de ese electorado, aunque su política económica era claramente neoliberal, mientras añadía el de

anteriores votantes conservadores, que se sintieron seguros con él y pensaban que la derecha se había vuelto demasiado reaccionaria, demasiado obsesionada con el islam. Como Macron había estado dos años en el gabinete de Hollande como ministro de Economía, algunos votantes de clase media pensaron que era una especie de izquierdista moderado, pero sus gestos en esa dirección han carecido de contenido, limitándose a declaraciones sin consecuencias sobre Argelia, el movimiento LGTB, el aborto o el medioambiente, concebidas para producir un suave estremecimiento y halagar a su base burguesa «progresista» con recuerdos de su radicalismo juvenil.

Ahora bien, el partido de Macron, Renaissance, es muy fuerte entre los grupos electorales conservadores ricos, caracterizados por una elevada proporción de gente mayor, demostrando su fuerza en lugares como Versalles, donde vive un nutrido sector de la derecha reaccionaria, en los *arrondissements* burgueses séptimo y decimosexto de París o en ciudades costeras donde viven jubilados con un elevado nivel de renta. Estos lugares solían votar abrumadoramente a la derecha tradicional. Pero a pesar del apoyo que obtiene Macron de los antiguos votantes socialistas y de los votantes de derecha (el «bloque burgués» que logró aglutinar), en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2022 solamente le votó una quinta parte del electorado, esto es, el 28 por 100 en unas elecciones en la que la tasa de participación fue del 74 por 100. El que obtuviera el 59 por 100 de los votos emitidos en la segunda vuelta se debió de nuevo al rechazo a Le Pen.

¿Qué pasa con los restos del Partido Socialista? Con la ayuda de Mélenchon, las facciones del PS que entraron en la coalición de la NUPES se recuperaron algo en 2022, pasando de dos a dos docenas de diputados. ¿Es realmente cierto que Hollande destruyó a los socialistas?

Sí, realmente Hollande fue un desastre para el Partido Socialista. A Mitterrand, e incluso a Jospin, se les podrían reconocer al menos la realización de algunas cosas de importancia para la izquierda. Hollande no hizo nada al margen de legalizar el matrimonio homosexual. En 2012, el día en que fue elegido, en el momento cumbre de la crisis de la eurozona, viajó a Alemania para rendirse a las políticas económicas de Merkel y Schäuble. Todo su discurso sobre renegociar los tratados, sobre un «bloque latino» se había acabado.

¿Sigue existiendo el Partido Socialista en las ciudades?

Como fuerza militante, no. Están presentes, porque retienen algunas figuras importantes que son populares a escala local, alcaldes, etcétera, antiguos socialistas que no se han molestado en cambiar de afiliación. La gente no va a echarles, en general le gustan sus alcaldes, pero prácticamente no hay ninguna actividad socialista como tal. Realmente, el hecho es que hay muy poca vida política a escala local, que explique la supervivencia de socialistas y «gaullistas». En estos días no hay tanta gente que desee ser alcalde, no está tan bien pagado y es un trabajo cada vez más difícil, porque en cualquier momento puede suceder algo que suponga una humillación pública o que te pongan una demanda, cosas que antes no pasaban.

¿Qué pasa con Rassemblement National, el partido de Le Pen?

En términos de movilización política, cero. La gente vota a Le Pen, pero no ves al partido sobre el terreno más allá de las campañas electorales. En esos momentos algunos salen con panfletos atacando a los migrantes, la inseguridad ciudadana o la ideología *woke*, y ahí acaba la cosa.

¿Pero tiene una base de militantes?

No cuentan con tantos miembros, probablemente menos de 40.000 y no hay prácticamente ninguna actividad, porque todo lo decide Le Pen. No tiene la clase de congreso de partido donde los miembros luchan sobre resoluciones de rivales o eligen a nuevos dirigentes. En realidad, es la coronación de alguien que ya ha elegido Le Pen. Incluso su antiguo compañero, Louis Aliot, fue rotundamente derrotado por Jordan Bardella, el candidato a la presidencia de RN respaldado por Le Pen.

¿Ha habido algún cambio significativo desde 2017 tras la salida de Florian Philippot?

Ha habido ciertos cambios en la medida en que Le Pen ya no defiende el abandono de la UE y ha suavizado su crítica de Bruselas. Su discurso ahora es que Europa puede no ser un problema en el futuro, habida cuenta de que sus amigos políticos están venciendo en la UE en un país tras otro (Suecia, Italia, Países Bajos, etcétera) y están decididos a preservar la soberanía nacional, a no ampliar el federalismo europeo. Marine

Le Pen es una política inteligente. Sus índices de aceptación se dispararon durante las protestas contra la edad de jubilación. Decía cosas como, «estoy de acuerdo con el movimiento social, pero no me gusta la violencia» o, «no voy a las manifestaciones, porque soy una diputada, no una manifestante». Consigue tener lo mejor de los dos mundos, porque comparte con su base electoral, radicada en la clase media baja y en la clase trabajadora, una mezcla de ira y orden.

¿Y la La France Insoumise?

Como partido, LFI también ha tenido hasta hace poco poca presencia local. Ahora se está volviendo más activo y planea crear nuevas sedes locales, incluso en zonas donde no le ha ido tan bien. En términos de estrategia, la perspectiva de Mélenchon es esencialmente la de pedir «un esfuerzo más». Sostiene que solo habría necesitado unos pocos cientos de miles de votos más en 2022 y hubiera derrotado a Le Pen en la segunda vuelta. Fue el más votado entre la población de 18-34 años, el primero en Île de France, la mayor área de París, que es el *département* más populoso de Francia. En las grandes ciudades, donde le fue muy bien, lo podría haber hecho mejor, si hubiera conseguido movilizar a los estudiantes radicales, que por alguna razón no votaron, y también hubiera podido aumentar su mayoría en las *banlieues* donde también tuvo bastante éxito. Pero avanzar hacia la segunda vuelta no significa ganar las elecciones. Si Mélenchon se hubiera enfrentado a Macron habría perdido espectacularmente. Incluso en una segunda vuelta contra Le Pen celebrada hoy probablemente perdería, porque la idea de un «voto republicano» contra la extrema derecha está acabada. Actualmente, el apoyo a la derecha dura y a la extrema derecha llega al 40 por 100, quizá ligeramente más. Y eso no incluye a las bases de Macron, que de ser incluidas convertiría ese apoyo en una sólida mayoría contra Mélenchon. De manera que la izquierda radical no tiene ninguna posibilidad en estos momentos de verle a él o a cualquier otro candidato como presidente de la República. Mélenchon piensa diferente. Argumenta que nadie pensaba que le iría tan bien en 2022.

¿Qué pasa con la existencia de puntos de vista opuestos en el seno del partido?

Hay personajes dentro de LFI que quieren que Mélenchon se haga a un lado de manera que ellos puedan saltar a la palestra, no hay demasiado desacuerdo sobre la estrategia, simplemente piensan que ha llegado su hora. Estos críticos de Mélenchon se dirigen habitualmente a una

pequeña audiencia interna y a los medios. Además de ello, existe un pequeño número de dirigentes, cuyo análisis estratégico difiere del de Mélenchon; François Ruffin sería uno de ellos. Ruffin es uno de los pocos diputados de LFI que no representa a un núcleo urbano progresista o a la zona central de alguna ciudad. Muchos de ellos, y todos los demás que aspiran a reemplazar a Mélenchon, están elegidos por circunscripciones muy seguras, a menudo con gran población migrante o donde hay mucha gente con familiares migrantes. Ruffin es diputado por Amiens, en el departamento de Somme, un distrito representado durante muchos años por un comunista, Maxime Gremetz, un «estalinista» duro de la clase trabajadora, extremadamente popular y reelegido una y otra vez pasara lo que pasara. Hoy RN se ha hecho fuerte allí. Marine Le Pen dobló el número de votos de Mélenchon en la primera vuelta y derrotó a Macron en la segunda.

El análisis de Ruffin es que, en primer lugar, Mélenchon no hubiera sido elegido, si hubiera llegado a la segunda vuelta. Y en segundo, que lo que necesita la izquierda para imponerse no son más votos provenientes de los migrantes que se abstuvieron la última vez en zonas donde ya cuenta con mucho apoyo de su parte –por supuesto sería estupendo si pudiera incorporarlos– ni tampoco de los estudiantes. Lo que necesita son los votos del medio rural, donde Mélenchon obtuvo unos pobres resultados en 2022. Y esos votos no se consiguen atendiendo a las preocupaciones de estudiantes radicales («creolización») o sacando a colación cuestiones relativas al islam. No es que estos votantes rurales y oriundos de pueblos pequeños se opongan necesariamente a esas cuestiones, aunque en cierta medida puede que lo hagan; de lo que se trata es que hay que abordar sus preocupaciones (despoblación y cierre de escuelas, hospitales y otros servicios públicos, mientras ven que los centros urbanos se convierten en focos de atracción para personas e inversiones). Se trata de una población que en el pasado votó por la izquierda y que podría hacerlo de nuevo, pero que no lo harán, si perciben a esta como una alternativa opuesta a la caza, a los automóviles o al consumo de carne, cuestiones que no llegan a ser grandes cosas en sí mismas, pero que tienen un fuerte valor simbólico. Ruffin sabe cómo son sus votantes y sabe que son representativos de grandes zonas de Francia donde RN está teniendo mucho éxito y donde la izquierda está tambaleándose, así que trata de dirigirse a ellos. Su apuesta es difícil, siendo esta mucho más fácil cuando eres un diputado de LFI, cuya base electoral incluye a una gran población que votó abrumadoramente por Mélenchon en las últimas elecciones presidenciales, porque

está claro cómo tienes que abordar las cuestiones de la violencia policial, el racismo sistémico o Palestina.

¿Cuál es la perspectiva de Mélenchon sobre los votantes rurales?

No estoy seguro de que se preocupe mucho por ellos. En cierto sentido parece verlos igual que Marx veía al *Lumpenproletariat*: políticamente poco fiables y culturalmente intolerantes. Normalmente escribe sus discursos dirigiéndose a audiencias urbanas, no te lo encuentras en zonas rurales, a diferencia de Le Pen que a menudo hace campaña en municipios pequeños, en lugares con una población de 5.000 o 10.000 habitantes. A Mélenchon le gusta aparecer allí donde tiene fuerza, mayormente en grandes ciudades como París, que es una de las más «rojas» de Francia y donde la gente tiene dinero y nivel cultural. Yo vivo en el noreste de la ciudad, cerca de République, un distrito que solía ser de clase media baja pero que se ha vuelto caro, con una población con estudios y montones de librerías, que venden obras sobre anarquismo, feminismo o sobre los derechos de los animales. Mi diputada es una estrecha colaboradora de Mélenchon; fue una de la cinco (de 577) elegida en la primera vuelta. En estas zonas urbanas Mélenchon tiene mucho éxito, casi tanto como en algunas *banlieues*. Aborda las cuestiones que preocupan a los votantes urbanos progresistas. Ruffin busca apelar al electorado que se perdió en 2022. A Mélenchon no le gustó que Ruffin dijera inmediatamente después de las elecciones, que «funcionamos muy bien con votantes urbanos con estudios y en las *banlieues*, pero no conseguimos el triunfo. La razón es que no invertimos suficiente tiempo, inteligencia y energía política en esas zonas rurales donde Le Pen es tan popular».

¿Así que hay una compensación entre ellos?

Sin duda. Ruffin podría funcionar bien en las zonas rurales, pero no estoy seguro de que lo hiciera tan bien como Mélenchon en las ciudades. Así que no es obvio que la estrategia de Ruffin sea la estrategia ganadora, aunque no hay duda de que la de Mélenchon, espectacular hasta ahora, no ha sido suficiente para ganar.

¿En qué se diferencia Ruffin de Le Pen?

Él dice: «Vuestro enemigo no es el extranjero, es el banquero», esa es la línea de LFI. Insiste en que Le Pen no hace nada para remediar las

desigualdades económicas, que hay muchas palabras pero ninguna acción cuando se trata de elevar los salarios o gravar los dividendos. De hecho, los diputados de RN han apoyado la mayoría de los decretos propuestos por el gobierno de Macron. La postura de Le Pen es que Francia gasta mucho en barrios de migrantes que periódicamente se sublevan y queman todo lo que se ha construido para ellos, mientras que lo que reciben ciudadanos de las olvidadas áreas rurales respetuosos con la ley es insuficiente.

¿No ha adoptado Le Pen un conjunto de políticas más igualitarias?

Cuando se la compara con su padre, sí lo ha hecho. En su campaña de 1988, cuando obtuvo alrededor del 15 por 100 del voto, él era el nuevo Reagan, llegando incluso a plagiar el eslogan de su campaña de 1984, «*America is back*» («*La France est de retour*»). En ese momento, en opinión de Jean Marie Le Pen, teníamos que recortar el gasto, privatizar, aplastar a los sindicatos, al sector público, a los maestros, etcétera. Este no es para nada el planteamiento de su hija. Ella llega hasta el punto de citar a figuras de la izquierda –Marx, Polanyi, Brecht, Georges Marchais– y ha estado recogiendo cierto apoyo de los profesores. En parte ello se debe a que apela a un miedo al islam camuflado bajo la defensa del secularismo, del feminismo y de los derechos de los gays. Ha habido dos horribles episodios de profesores asesinados por islamistas. Le Pen juega con los temores de los profesores y maestros; pero, a diferencia de su padre, también está dispuesta a decir que sus salarios son escandalosamente bajos. Hace quince años cobraban el doble del salario mínimo; ahora, cuando empiezan a trabajar cobran 1,2 veces ese importe. Simplemente cualificarse como profesor o maestro exige varias titulaciones; el trabajo es duro y sus condiciones se han estado deteriorando al mismo tiempo que su prestigio. Los maestros ahora tienen mucho papeleo que hacer, porque el personal administrativo ha sido reducido. Lo mismo sucede en liceos y universidades.

¿Piensas que Le Pen podría ganar en 2027?

Ahora hay mucha gente que lo afirma, pero todavía tiene que obtener el apoyo de la clase gobernante o del *establishment*. Puede que lo consiga, pero hasta ahora ambos se resisten; no dan pasos en su dirección. No deja de ser extraño ver a un partido tan popular respaldado por tan pocas figuras del *establishment*. Si me preguntaras quién podría ser ministro en un gobierno de Le Pen la verdad es que se me ocurren muy pocos

nombres. Macron tenía inmediatamente un gobierno a la espera, Fillon también lo hubiera tenido. Mélenchon podría recurrir a sindicalistas, expertos y académicos que le apoyan. Pero para Le Pen, hasta ahora, no hay nadie. Cuando llegue el momento de votar la gente puede empezar a preguntarse, «¿con quien va a gobernar?».

¿Piensas que el miedo a Le Pen, que todavía funcionó en 2022, desaparecerá para entonces?

En cierto sentido su funcionalidad puede ser todavía mayor, ya que habrá presiones sobre los votantes asustados de la izquierda para que voten a un candidato conservador en la *primera* vuelta, ya sea Édouard Philippe o Bruno Le Maire, para asegurarse de que accedan a la segunda donde tendrán más oportunidades que Mélenchon o Ruffin de derrotar a Le Pen. Esta es la retorcida lógica de lo que podríamos llamar la perspectiva de *Mediapart*. Te lleva a votar a alguien que solamente es mínimamente mejor que Le Pen y a eliminar a todos los demás simplemente para derrotarla. *Mediapart* pasó cinco años entre 2017 y 2022 atacando a Macron, afirmando que es un autoritario que dejó ciegos y mutilados a los *gilets jaunes*, que pasó por alto la violencia policial ejercida contra los migrantes; después, cuando llegaron las elecciones, *Mediapart* atacó a Mélenchon por no mostrar suficiente entusiasmo en sus llamamientos para votar a Macron en la segunda ronda. Otra contradicción es que las diferencias entre la derecha y la extrema derecha se han vuelto realmente mínimas, ahora que Le Pen ha renunciado a abandonar Europa y que la derecha imita cada vez más a la extrema derecha en temas como la inmigración y el islam. Y, sin embargo, conozco a gente de la extrema izquierda que afirma: «Lo siento, pero la próxima vez si creo que la única forma de derrotar a Le Pen es votar por Philippe o Le Maire en la primera vuelta, lo haré sin dudar».

Pero si eso no funcionara y de algún modo obtuviera la presidencia, ¿seguiría sin controlar la Asamblea Nacional?

Llegado el caso, si ocupara el Elíseo sin una mayoría en la Asamblea, podría disolverla y convocar nuevas elecciones en las que, quizá, pudiera obtenerla; también podría encontrar a diputados de la derecha dispuestos a cambiar de barco a cambio de un puesto en el gobierno. Si Le Pen fuera elegida, probablemente habría montones de gentes de derecha, incluyendo a empresarios e intelectuales, que se unirían a ella

considerando que la vieja derecha está muerta y que ahora está ella, como ha sucedido con Meloni en Italia. Podría producirse un razonamiento «solo apto para adultos».

¿Cuáles son los planes para la sucesión de Macron?

Alguien como Philippe, Le Maire o Gabriel Attal, el joven ministro de Educación ahora presidente de la República, que una vez fue socialista, podría reemplazarle fácilmente. Porque, ¿cuál es la diferencia entre ellos y Macron? Ninguna en absoluto. Philippe procede de la derecha tradicional, pero fue un ministro obediente y competente hasta el final. Ni siquiera está claro por qué le destituyó Macron, a no ser que fuera porque era más popular que él. Macron no tendrá dificultades para encontrar gente que le sustituya, pero si quiere hacer una rentable carrera en el sector bancario, será crucial para él que la próxima presidente de Francia no sea Le Pen. Si ella gana, el conjunto de su presidencia podría contemplarse como un lamentable fracaso.

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a una misma dirección postal)

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net